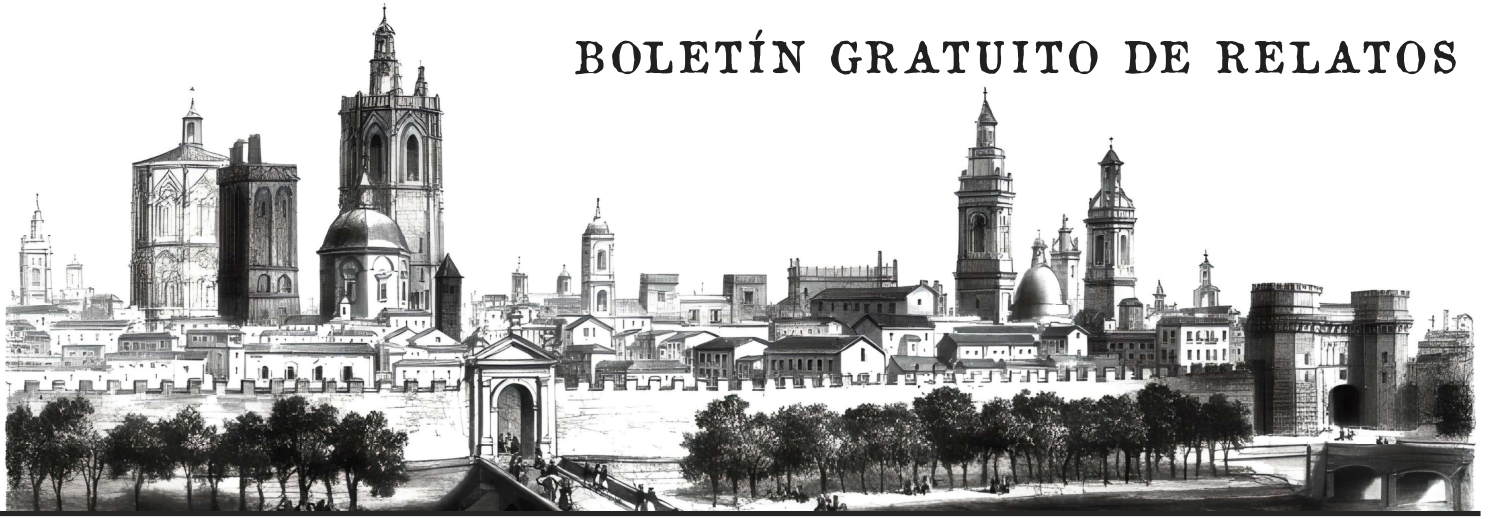


# P A P E N F U S S

BOLETÍN GRATUITO DE RELATOS



VALENCIA

NÚM. 37



Veronika  
Mortissandi



Juan  
Cuquejo



Francisco  
Castro



Ricardo  
Bugarin



Victoria  
Mulville



Malín  
Simón



Eduardo  
Honey



Jose A.  
Gracia



Iván  
Medina



Maya  
Mukti

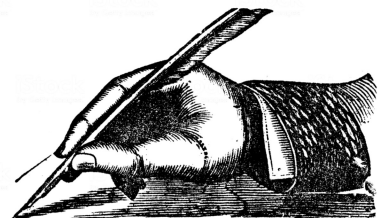


Pablo  
Velázquez



Santiago  
Eximeno

POR FAVOR, TOMAOS UNOS MINUTOS Y ESCANEAD  
CON EL MÓVIL LOS CÓDIGOS DE LOS AUTORES Y  
AUTORAS COLABORADORAS.  
SIN SU AYUDA, PAPERNFUSS NO SERÍA POSIBLE.



## HAPPY BIRTHDAY, MR. JUNE

Verónica Mortissandi

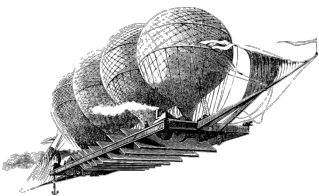
Me prometió vivir hasta los cien años porque le dije que jamás podría ser viuda, que me aterra la idea de vivir sin él (eso y que tenemos retoños de alta demanda; apenas damos abasto entre los dos, ni en pedo lo dejo zafarse tan fácilmente). Me sorprendió hace algunas semanas cuando, en medio de una de esas charlas metafísicas y mundanas, me dijo que no se moriría con arrepentimientos, que está bien con su vida y no sentiría que le quedaron cosas por vivir o realizar. Obviamente eso solo alimentó mi paranoia supersticiosa y ahora lo ando persiguiendo para que se haga un chequeo médico.



## DIARIO DE LA NAVE MARIBOR

Juan Cuquejo

### CAPÍTULO CUARTO



**N**o soñé ni percibí sonidos misteriosos durante tres días. La planta sintética seguía brillando con la misma intensidad, e intuí que las imágenes volverían. Me sentía más triste y sola que

nunca. Fui a la sala de robótica, con Valeria en brazos, y pasé un buen rato mirando a Paúl. Se trataba del robot que podría haber activado, en vez de a la gata, para hacerme compañía. Eché de menos poder hablar, aunque fuera con una inteligencia artificial muy primitiva. Era guapísimo, diseñado para que se pareciera a mi actor favorito, y con gusto le habría apoyado la cabeza en el pecho para buscar consuelo. Pero como no podía activarlos a la vez, prefería tener conmigo a Valeria.

Cuando las imágenes regresaron, fui incapaz de comprender o reaccionar. Soñé que me despertaba en una habitación soleada. Los muebles eran antiguos, de haría cuarenta años, y el dormitorio me resultaba familiar. Había interrumpido mi sueño una voz de mujer.

Si mi consciencia no hubiera estado dormida, me habría sobresaltado al reconocer a mi abuela. Era más joven de lo que recordaba. Supe que, en mi sueño, yo era mi madre porque mi abuela me llamaba por su nombre: Aislinn. Mi madre tendría unos nueve años y mi abuela le había traído el desayuno. Le acariciaba las mejillas y le hablaba con dulzura para confortarla

tras una noche sin apenas dormir por culpa de una gripe. Fueron unos minutos maravillosos, que me hicieron recordar las veces que mi madre me había tratado igual. Añoré su cariño y el de mi abuela.

Todo cambió. Me hallaba en medio de una manifestación. Tenía a mi abuelo al lado, tan joven que lo reconocí porque se trataba de un sueño. Por los gritos de la muchedumbre, supe que revivía la revuelta de Slobhar. A partir de ahí, todo fue confuso. Un batallón de soldados bloqueó las calles y acribilló a una multitud desarmada. Vi caer a los manifestantes a mi alrededor. Corrí aterrorizada, entre gritos de pánico y dolor. Luego vinieron imágenes de boletines informativos, de arengas en las calles. Parecían recuerdos, pero no podían serlo: nací veinticinco años después de aquello. Eran tantas las imágenes, y tan duras, que no pude soportarlo: caí de rodillas, gritando.

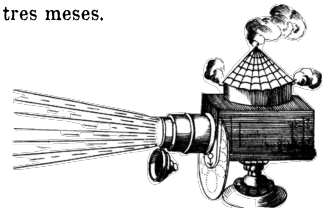
Todo desapareció. Me vi en el dormitorio que ocupaba cuando era niña. Mi madre estaba al lado, sonriendo. Me dio las gracias y me lo explicó: la planta larana era una máquina experimental. Conectaba con la mente de una persona e iba buscando, entre sus recuerdos, información que la memoria aún albergase de manera inconsciente. Buscaban datos sobre la revuelta de Siobhar, que estalló tras la matanza a la que mis abuelos sobrevivieron. La planta sintética leía todo lo que había oído o leído de ese hecho: lo que contaron mis familiares, los libros, las revistas, la prensa...

Desperté enfadada con el larano que me había enviado la planta, aunque me calmó recordar que el experimento había terminado. Me levanté y comprobé que el ingenio larano tenía una flor roja en lo alto. Se parecía a una rosa, y era muy bonita, pero se marchitó a los pocos días y dio un fruto que era, nada menos, una memoria portátil. Al formarse el extraño fruto, la planta dejó de brillar. La memoria no estaba protegida y el ordenador de a bordo pudo leerla, pero la cantidad

de información almacenada era enorme y la mayoría del texto estaba en larano. Terminé aburrida.

Cuando el transbordador de Clasbunde se acopló a la Maribor, recibí una comunicación de un centro de investigación larano de una de las ciudades habitadas por aquel pueblo en ese planeta. Me pedían que depositara la memoria en el contenedor CL-135, donde hallaría una compensación para mí. Se trataba de un proyector universal cargado con imágenes, sonidos y olores de todos los planetas del sistema de Novgorod y de los planetas enanos más hermosos. Aquel regalo maravilloso consiguió que perdonara a los científicos laranos a causa de los malos ratos provocados por aquella planta sintética que he dejado en la sala de recreo.

Disfruté durante tres días de las proyecciones y vi menos del cinco por ciento. Tendría diversión para dos o tres meses.



La paz se esfumó al cabo de dos semanas y media. Me ejercitaba con la bicicleta estática cuando el ordenador de a bordo activó varias alarmas. Me apresuré a entrar en la cabina de mando y lo que vi en las pantallas me dejó atónita y aterrorizada.

**CONTINUARÁ**

**PUEDES LEER  
LOS CAPÍTULOS  
PREVIOS EN  
LOS NÚMEROS  
30, 32 Y 36 DE  
PAPENFUSS**



## TRES MESS

Francisco Castro Guerra

**L**a sala de espera estaba atestada de gente y Jorge decidió aguardar su turno en el pasillo. Estaba en una ubicación desde la que podía escuchar la megafonía, así que podría estar esperando sin necesidad de aguantar el griterío y el olor a humanidad que ocupaban todo el espacio de la vieja planta hospitalaria. Total, tampoco sabía por qué estaba allí. Su mujer se había empeñado en que un médico revisara esa pequeña mancha en su espalda que crecía a pasos agigantados. Al final tendría que soportar varias pruebas, se la extirparían o quemarían —o cómo demonios fuese la manera de tratar estas cosas—, el caso es que tendría que perder varios días de trabajo con el asunto. Esto no le hacía ninguna gracia. La situación en la empresa era delicada, se esperaban despidos, estaban rejuveneciendo la plantilla y Jorge ya pasaba de la cuarentena. Seguro que su nombre se barajaba como uno de los candidatos a salir por la puerta trasera. Todo esto le intranquilizaba más que la maldita mancha en su espalda.

Su nombre sonó por el altavoz, tenía que dirigirse a la consulta tres. El galeno apenas exploró su mancha durante un minuto, le prescribió una ampliación de las pruebas y no dio la más mínima explicación ni opinión al respecto. Así que de nuevo a esperar turno, esta vez para que le dieran cita para las diferentes pruebas. Otros



veinte minutos esperando a que su número apareciera en la pantalla. Al final, tres meses para una ecografía y para la biopsia ya le avisarían. Y la mancha se la llevaba a casa. Al menos su mujer no le daría la murga en todo ese tiempo. Pagó el tique del aparcamiento con las monedas que llevaba en el bolsillo del gabán y se dispuso a zambullirse en el denso tránsito urbano. Todavía llegaría a tiempo de hacer acto de presencia en la oficina antes de la hora de comer.

En los pasillos se encontró con casi todo el equipo de trabajo reunido en pequeños grupos. Susurraban nerviosos y tan solo era audible un murmullo similar a un enjambre de avispas. Estaban llamando por turnos a casi toda la plantilla y entregando cartas de despido. El asunto pasaría al comité de empresa e irían a los tribunales, pero de momento estaban casi todos despedidos. Antes de llegar a su mesa sonó la voz de su superior pronunciando su nombre. En tres minutos Jorge salió del despacho de RR. HH. con la carta de despido. El compañero

del comité de empresa le informó de que la demanda colectiva ya estaba en marcha. En tres meses estaría redactada y para el juicio ya le avisarían. Curiosa coincidencia. No sabía qué iba a hacer en esos tres meses, hasta que estuviera lista la preparación de la documentación y llegara la prueba médica. La verdad es que comenzaba a picarle bastante la mancha de la espalda. Creía notarla rugosa al tacto. O quizás era aprensión. No lo sabía. Ahora se tenía que marchar a casa y esperar. Meditó la forma de cómo contar a su mujer lo del despido.

Miró el reloj. Era pronto y pensó aprovechar para proponer a su esposa que salieran a comer fuera. A partir de ahora dispondrían de mucho tiempo libre hasta la llegada del juicio y, de momento, seguiría cobrando su sueldo; ese era el acuerdo previo al que habían llegado empresa y sindicato. Se dirigió, pues, a casa. Le daría la información del médico primero (a él le había parecido buena) y después la del ERE, esta última le parecía la mala noticia.



Cuando entró en casa notó un extraño olor. Era un perfume femenino, pero no el que solía usar su mujer. Supuso que quizás alguna amiga había venido a visitar a Clara, su esposa. No era inusual que Clara recibiera o realizara visitas a amistades. Aunque lo de hoy parecía diferente. No se escuchaba conversación y en el salón no había nadie. Recorrió la casa sin hallar presencia alguna. Hasta que unos ruidos provenientes del dormitorio le indicaron que allí estaba Clara. Respiró aliviado, ya estaba comenzando a sentirse inquieto. Abrió con cuidado el escenario que se presentó ante sus ojos le dejó estupefacto y sin capacidad de reacción: Clara y otra mujer estaban desnudas en el lecho conyugal. Ante la sorpresa inicial para los tres, Clara, una vez vestida, le comunicó que se había enamorado de Leonor, su amiga, y que mantenían una relación. Así que quería iniciar los trámites de divorcio. Pensaba hacer las cosas de otra manera, pero los acontecimientos lo habían precipitado todo. Esta misma tarde se marcharía y calculaba que en unos tres meses podría estar todo tramitado.

Tres meses, qué ironía. Toda la vida de Jorge estaba situada al borde del abismo, todo cambiaría en tres meses. Su salud, su trabajo, su matrimonio, su vida. Para bien o para mal. Esta mañana tenía un mundo que ya no existía y que en tres meses sería pasado y olvido. Salió de casa y no volvió hasta bien entrada la noche. Clara ya no estaba.

## ANTEOJOS CON ANTÍLOPES

Ricardo Bugarín

Un antilope me mira a través de los anteojos. Me saluda con determinada confianza y se diría, incluso, que lo hace con satisfacción. Le respondo circunspectamente porque no quiero ser descortés e intento disimular la desconfianza que me está produciendo este encuentro. La

descortesía siempre me pareció una expresión de incivilidad. Mañana visitaré a mi óptico porque me está pareciendo que los cristales de estos anteojos están desvariando.

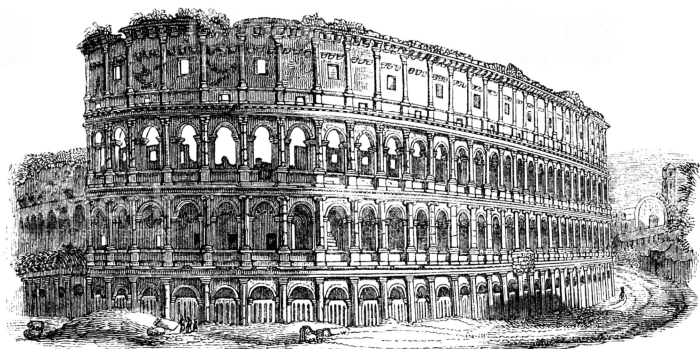


## UNA BANDADA DE ESTORNINOS

Victoria Mulville

**E**stado de alarma en la Ciudad Eterna: el tsunami aéreo está por llegar. Por los adoquines de Roma solo corre el aire. El agua de la Fontana di Trevi fluye pero en su fondo ni una moneda brilla. Los romanos cierran las persianas y las ruinas callan sin turistas. Hasta el Coliseo contiene la respiración.

su mortalidad. Un milagro divino lo salvará de los primeros desechos. Correrá por las escalinatas de la basílica levantándose la sotana. Evitará manchar su túnica pero su solideo perderá su deidad cuando la nube conquistadora le tape la vista al cielo. Las heces cubrirán todas las veredas y la ciudad se convertirá en un pantano de espectáculo de gladiadores.



Pronto se escuchará el revoloteo que llegará desde los países nórdicos. Todo lo que quede afuera será destruido por sus setenta toneladas de excremento. Su ácido úrico erosionará la chapa de los *cinquecento* y destañará el rojo Ferrari de las Vespas. Los toldos de las pizzerías quedarán con las rayas esfumadas en una única mancha mugrienta.

El *Altare della Patria* también perderá su honra. Sus columnas clásicas y paredes pulidas como la nieve de los Alpes parecerán una temporada de esquí sin nieve. La estatua del Vittorio Emanuele, *Padre della Patria*, parecerá un gelato de chocolate granizado. El estiércol de las criaturas manchará al símbolo de la Italia unida hasta oscurecerlo al tono de los fascistas de camisa negra que cien años atrás la han ocupado.

Entre los guardias suizos y las columnas de la Santa Sede, los cardenales y el oro católico se crearán a salvo. Al escuchar el zumbido, el Papa saldrá a la Piazza de San Pietro, todopoderoso en su rango celestial pero chismoso en

El que se anime a salir de su casa luchará por mantenerse de pie. Muchos se resbalarán y hundirán en la inmundicia que fluirá por las calles y desembocará en el Tíber. El mismo río que entre siete colinas engendró a Rómulo y Remo —fundadores de la ciudad que una vez fue imperio— ahora ahogará a Roma en rancio y peste.

Sobre el Castel Sant'Angelo, la escultura del Arcángel mantendrá su pose milenaria. En el punto más alto de Roma se mantendrá abstraído del apocalipsis terrenal y ni una gota de mugre lo manchará. Será a sus pies que aparecerán unos quince carabinieri que seguirán la dirección que apunta el ángel con su espada.

En trajes antibacteriales ellos marcharán en silencio por los arcos marmolados del Ponte Sant'Angelo. Su vestimenta liberará un halo albo y aroma a detergente. Seguirán el hedor hasta las ruinas del foro romano, donde encontrarán a las miles de criaturas amontonadas sobre las columnas dóricas y las ramas de los pinos centenarios.

Detrás de su barbijo quirúrgico, uno exclamará: É arrivata l'ora. Todos sacarán altoparlantes metálicos de sus mochilas y harán sonar un intenso bramido. Al oír la reproducción eléctrica de su propio gorjeo, las invasoras revolotearán despavoridas.

Al fin, los romanos abrirán sus ventanas para apreciar la escena de la vittoria: los últimos aleteos de la bandada de estorninos. La Ciudad Eterna volverá a respirar.

pronto llegaría, necesitara ejercitarse para vencer el entumecimiento que ya comenzaba a apoderarse de sus viejas articulaciones.

Sin ningún reparo, sopló sobre el cogote de pajarito de la Sra. Martinet a la vez que con un silencioso manotazo tiraba los paquetes que tan laboriosamente había apilado Fermín.

La Sra. Martinet suspiró, estiró los puños del raído jersey cubriéndose las manos hasta los nudillos y le preguntó a Fermín si había ajustado bien el cartón en los ventanales.

La nave abandonada hacía varios años, presentaba un estado lamentable, aunque a pesar de su decrepitud, las esbeltas vigas de hierro que culminaban en una claraboya desafiaban a todos los cielos que se atrevían a colarse entre los cristales rotos. Fermín ajustó otra vez el cartón, malditos ventanales que llegaban casi hasta al suelo, y continuó recogiendo los paquetes que Viladrau había desparramado.

—¿Hasta cuándo vamos a seguirle el jueguito, querida Martinet? No puedo

## FIDELIDAD

### OKUPA

Malín Simón

**E**l Sr. Viladrau se colocó con gesto hábil la bata azul que lo hacía invisible. ¡Cómo disfrutaba de aquella sensación tan poderosa, paseándose arriba y abajo por la nave industrial sin que nadie lo viera!

El otoño le impulsaba a ser travieso, como si ante el anuncio del frío que

gos, apilados en la estantería, junto a la ventana. Y las cortinas descubiertas para que por las mañanas, cuando abro la puerta y contemplo el cuarto, la luz del sol lo envuelva todo y se lleve las lágrimas.

Todos insisten en que dé un paso adelante. Que lo acepte.

Yo siempre respondo que prefiero dejar el cuarto así, sin tocarlo, un día más.

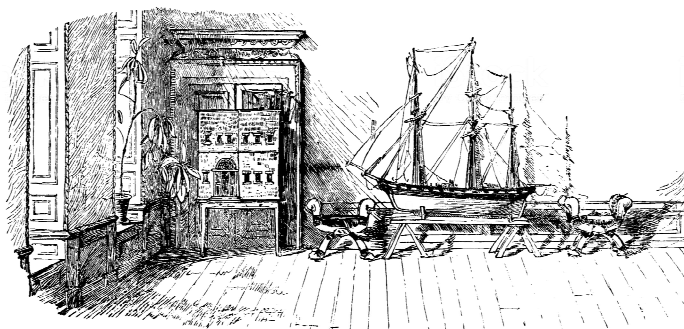
O dos.

Hasta que logre olvidar lo que ocurrió.

## ACÉPTALO

Santiago Eximeno

Todo recogido y ordenado. La ropa en el armario, colocada con mimo en los cajones y en las perchas. El oso de peluche, casi tan alto como yo, apoyado contra una esquina del cambiador. La bolsa de pañales en la cuna, sobre la colcha, justo debajo del móvil de hadas y mariposas. A veces oigo cómo tintinea. Los libros y los juguetes, en su mayoría regalos de familiares y ami-



más, empaquetando y desempaque-  
tando deshechos, buscando periódicos  
en los contenedores, fíjese, esta ma-  
ñana mismo, he tenido que mantener a  
raya con mi bastón a un rumano que  
los quería también... y con la comida no  
ha sido mejor...

—Pero ¡qué bonita letra tiene todavía!  
—le interrumpió la Sra. Martinet apo-  
yando la leve cabeza sobre el hombro  
de Fermín, que escribía con un lápiz la  
fecha en el último paquete que había  
recogido—. Qué cansada estoy tam-  
bién, y cuántas cosas por hacer: es hora  
de recogerlos, ya son las siete, hay que  
ir preparando la cena, atrancar como  
podamos la verja, y además hay que lla-  
marlo, no sea que se resfríe con esa  
bata tan gastada y que de tanto pase-  
arla no le queda ya ni tela, parece su  
segunda piel, no sé si algún día inten-  
tará quitársela y no podrá, se le habrá  
adherido y su piel será azul, o por el  
contrario, le saldrá la piel tras la bata...



—¡Chisst! —disimule Sra. Martinet,  
ya viene por detrás. Calle, a ver si tiene  
a bien materializarse de una vez.

El Sr. Viladrau amerizó en el charco  
que las goteras habían formado. Algu-  
nas hojas de hiedra cayeron desde el  
cielo negro de la claraboya mientras el  
perro de cerámica que vigilaba la verja,  
ladraba con sus ojos de cristal.

## DUDAS EN EL TIEMPO

Eduardo Omar Honey Escandón

—No entendí, ¿lo repites?

—Sí, por mi posdoctorado tuve la oportunidad de visi-  
tar el Partenón...

—¿El de Atenas?

—No, el que está en Arenas de Iguña. Tuve que...

—¿Lo mudaron de Grecia a España?

—¿Qué? ¡Ah! No, es un templo católico construido en el  
siglo XIX.

—El tema de tu tesis: la arquitectura clásica en la Es-  
paña del novecientos.

—Más o menos, no importa. No es lo que quiero con-  
tarte. Te decía: visité el Partenón, tomaba fotos y notas  
cuando una lugareña se me acercó. Al verla pensé que  
superaba los cien años.

—¿La que te dijo que estaba en un equivocado?

—Sí, dijo algo como “lo que en verdad buscas está en la  
Iglesia de San Andrés, apenas eres un jovencuelo y estás  
a tiempo”. Tuve que insistirle sobre la iglesia. Contestó  
“Claro que te acuerdas. Es la que está en Cotillo, Anie-  
vas”. Entonces se retiró lentamente.

—¿Qué hiciste?

—Ya era tarde, acabé y regresé a mi alojamiento. Tem-  
prano, gracias al GPS, llegué a la dichosa iglesia. Pe-  
queña, estilo románico con añadidos de otras eras,  
restaurada. Linda en verdad. Era temprano así que

estaba cerrada. Enfrente había una mujer, bajita y re-  
choncha, en espera de que abrieran. Me acerqué para  
contemplar una figura, creo que un San Cristóbal, ya  
algo desgastada.

—¿Estás bien? Te pusiste pálido.

—No puedo evitarlo al recordar lo que siguió: la mujer se  
giró para observarme y noté que también tendría sus años.

—¿Era la misma? Estás tomándome el pelo.

—¡Claro que no! Era otra anciana, similar y diferente.  
Antes de que yo hablara exclamó “Padre, por fin llegas.  
Llevo años esperándote”. Pensé que me había confun-  
dido.

—Pensaste que era una broma o estaba loca, ¿cierto?

—Al principio, pero algo en su rostro, en su mirada,  
decía que no mentía, que estaba bien de la cabeza.

“Mamá dijo que no me creerías y pidió que te entregara  
esto”. Me entregó una foto que, según la anotación a  
mano sobre ella, fue tomada en los cuarenta del siglo  
pasado.

—¿Y?

—Me reconocí en ella con algunos años más abrazando  
a una joven mujer. Al verme callado, la anciana dijo  
“Ella es mamá. Desapareciste tras vivir con ella tres dé-  
cadas. Dejaste una indicando que regresarías un día  
como hoy en el siglo XXI. Se burlaron de mamá, quien  
nunca dejó de creer en ti. Ni yo”.

—Suen a bulo.

—Sí, parece eso. Dije que estaba confabulada con  
la vieja de Iguña. Cuando se la describí pegó un  
grito y se quedó transparente. Luego dijo “Pero  
falleció años atrás por allá”.

—¿Qué hiciste?

—Al verla tan descompuesta me la llevé a su  
casa. Allí sacó unos diarios y más álbumes con  
fotografías. ¡Era mi letra y yo estaba en esas  
fotos! Me lo entregó y lo he estado revisando.  
Desde entonces no he podido quitarme una idea:  
si es verdad, ¿terminaré en el pasado para vivir  
esa vida? Y si luego desaparecí, ¿a dónde habré  
llegado?



Puedes colaborar enviando relatos de hasta 1.000 palabras o poemas de hasta 20 versos a [revistapapenfuss@gmail.com](mailto:revistapapenfuss@gmail.com)

Búscanos en Facebook, Twitter, o visita nuestra web:

[www.papenfusslarevista.wordpress.com](http://www.papenfusslarevista.wordpress.com)

## EL ANTOJO DE LA MARQUESA

Jose Antonio Gracia

Una vez acabada la Semana Santa, no se esperaban en la iglesia basilical muchas más emociones y pasión, hasta las fiestas patronales de la población. En este impasse, todos los parroquianos sesteaban todas las tardes tras el rosario de rigor.

poderío, se había hecho construir en vida, un panteón de mármol rojo Cehegín, para ello había hecho llamar a un joven artista en ciernes, un escultor bohemio aficionado a la absenta.

Algunos años después y tras varios kilogramos de azucarillos, la obra estuvo



Por eso mismo, el sonido de la campanilla sonó como un cañonazo en el silencio de la tarde, solo roto por algunas tosecillas de los orantes más ancianos. Solo doña Fuencisla, la que fue boticaria por cincuenta años en la plaza del pueblo, osó ponerse en pie, despojarse del velo y dejarlo en el reclinatorio. Tonta ella, pensaba que alguien llamaba a la puerta, como si las iglesias tuvieran timbre.

Siguiendo el sonido, encaminó sus pasos por la nave lateral y en la capilla de la Encarnación halló el origen del insistente repiqueteo.

La capilla era la joya de la iglesia. En el centro, un panteón llenaba de orgullo a los paisanos por la grandiosidad del mismo. En él reposaban los restos del IX marqués de la Roñalera y de su señora esposa doña Gertrudis. Este linaje de rancia prosapia procedía de los tiempos de los Trastámara.

El primer marqués según la maledicencia, le apretaba la almorrana al mismísimo Fernando IV el Emplazado. Y el actual titular del marquesado, en un alarde de orgullo y de demostración de

terminada. Un hermoso panteón donde, sobre un túmulo apoyado sobre leones, se mostraban dos bellas tallas yacentes del marqués y señora con las cabezas apoyadas en sendos almohadones y los pies sobre fieles lebreles.

No le dolió haber enajenado la finca de caza "as jarillas". Total, la hiperuricemia que padecía le impedía exterminar con fruición todas las sabandijas de la finca. A la postre se había ahorrado el estipendio del escultor, puesto que el continuo trasiego del verde licor, le llevó a ser un inquilino más del afamado sanatorio de Ciempozuelos, recién inaugurado por entonces.

El día de la exposición oficial, acudieron las fuerzas vivas del lugar, incluso vino

el señor arzobispo. Allí todos se extrañaron de un adminículo que tenía el panteón. En la mano de la señora marquesa, una campanilla de bronce estaba enganchada a un cable que se hundía en el interior del conjunto en mármol.

El marqués se vio en la obligación de explicar que su señora esposa no estaba, como todas las mujeres de entonces, enganchada a las novelas de Guillermo Sautier Casaseca. Para su desgracia, pues él no entendía el beneficio, su esposa lo que leía afanosamente eran las novelas de Edgar Allan Poe. Tras leer "El entierro prematuro" le había hecho jurar sobre una pequeña biblia que atesoraban en el cajón de la mesilla, que haría todo lo posible para que a ella no le acaeciese lo mismo.

Pues bien, treinta años tras el entierro de la señora marquesa, la famosa campanilla devino a sonar para trastorno de los parroquianos.

Retomando al descubrimiento de doña Fuencisla, esta hizo llamar al coadjutor que se encontraba en su despacho preparando el ropero de santa Rita. Tras un camino hacia la capilla donde hacía chanza de la pobre Fuencisla, al entrar y observar el prodigio, agobiado por la emoción se le aflojó el esfínter allí mismo.

El párroco, alarmado por los gritos de espanto que proferían los fieles y guiado por el olor, al ver el panorama, tomó las siguientes determinaciones: en primer lugar, que doña Paulina, que era conocida por su mansedumbre, algunos decían imbecilidad, limpiase con agua y lejía el interior de la capilla. Segundo, que el coadjutor corriese como pudiera a adecentarse y cambiar de vestimenta. Tercero, que el monago

volase hacia la casa solariega de los marqueses de Roñalera a dar noticia del hecho acaecido. Y por último que se diera parte al cabo de la guardia civil.

Todas las órdenes se cumplieron al instante y tras los trabajos de policía, se presentó el cabo de la benemérita que tomó las medidas oportunas para que nadie se acercase a la capilla.

El señor XI marqués de la Roñalera, que no había conseguido que a sus espaldas todos le llamasen don Tirsín, se acercó con parsimonia como si aquello no le importase nada, a la postre apenas disfrutaba del patrimonio familiar, patrimonio que apenas existía, dilapidado en nocturnas timbas de poker y viajes a México para consumir hongos que no eran níscales precisamente.

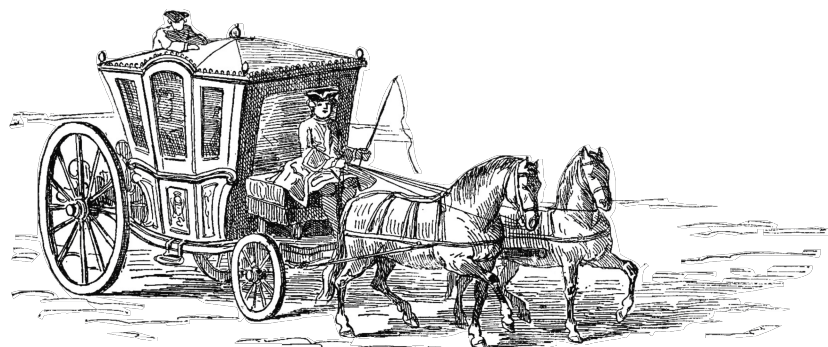
En su mano portaba la llave del panteón y, tembloroso, no se sabe si por mor del consumo de opiáceos, giró la cerradura y tras abrir con esfuerzo la puerta, que chirrió lastimera sobre sus goznes, se introdujo en la oscuridad.

Varios minutos después salió con el cabello empolvado de telarañas y, con paso vacilante, volvió a cerrar con llave la puerta. Se dirigió hacia la salida de la capilla donde aguardaban expectantes el cabo y el cura que le interrogaron con la mirada.

—Nada, que la señora marquesa dice que quiere salir tres veces a la semana de paseo. ¡Y en calea!

Y volviéndose como si se le hubiera olvidado algo, de un fuerte tirón arrancó el cable a la campanilla, mientras exclamaba:

—No te jode.



## EL COCO

Iván Medina Castro

Duerme, duerme, niño lindo,  
que viene el Coco...  
Anton Chéjov

Entré entusiasmado para gozar de mi primer espectáculo circense como todos aquellos chavales sonrientes y bulliciosos. Fascinado ante aquella novedad de exquisita luz, tenue y multicolor, entre animales salvajes y valientes trapeceistas dando maromas mortales por los aires al verse seducidos ante la comparsa de aplausos. Impetuoso. Mis ojos especulativos se clavaron en el payaso cuando el telón principal se corrió tan despacio como solo él sabe hacerlo. Quedé estupefacto, sin aliento, con el semblante completamente pálido, mis padres preocupados trataron de darme ánimo al explicarme las funciones graciosas e inofensivas de aquel artista. No quería escuchar o quizá simplemente no escuchaba. Al incrementarse mi conmoción, al sentir próxima la presencia de aquel bufón con risa mezquina, comencé a tiritar hasta quebrar la frágil vara del algodón de azúcar que sostenía con firmeza por mi mano izquierda, al saber mis dedos libres, ceñí con fuerza la suave muñeca de mamá y me desvanecí sobre la butaca. Al llegar a casa, sin resistencia física, volví a aquel cuarto tapizado con cientos de rostros maléficos de arlequines desquiciados, a la sala oscura de mis pesadillas pueriles, a la habitación donde cada noche de función se me hacía morir con el preámbulo del tétrico rechinar de las bisagras del closet, un crujir cambiante toda vez que las pequeñas puertas opacas ceden hasta encontrarse abiertas, y el guiñol, salido de la penumbra, avanza con una delicada morbosidad hacia mi pequeña cama infantil, grávida de suplicios, como otras tantas veces lo ha hecho.



## NIEBLA

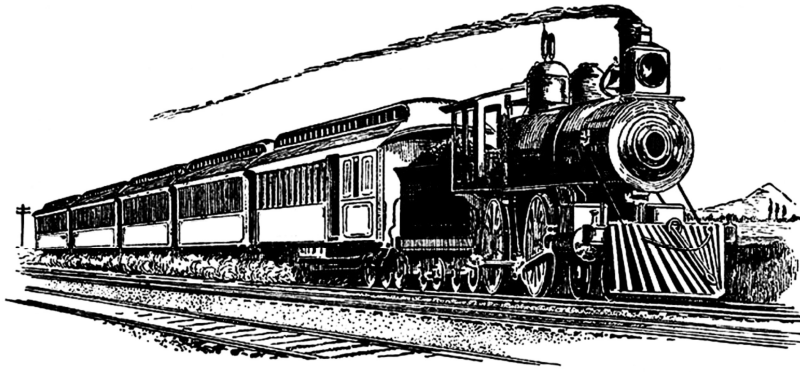
Maya Mukti

Me juro a mí misma desde hace ya tiempo  
al llegar el invierno  
que va a ser el último entre frío y niebla.  
Tiritando entre la niebla estoy.  
Nada más vano que las grandes promesas.  
Si algo me conozco y no acabo tampoco este invierno  
—aunque me lo parezca—  
ya perpetuamente aletargada,  
me marcharé un día, así de repente,  
como me levanto después de pasar  
largo rato luchando pegada a la cama;  
lo haré por sorpresa.  
Quizá llegue tarde y con prisa a mi vida,  
la de luz, cielos claros y sol.  
Quizá lo haga sola y perdida.  
Ignoro si entonces le encuentre el sentido  
a todos los años fundidos  
vagando entre sombras  
o si me dé cuenta al final  
de que fue mi luz la que no se atrevió  
hasta ahora a brillar.



## LEYENDA DEL TREN ERRANTE

Pablo Velázquez



**E**n los copetines de la estación Liniers del Ferrocarril Sarmiento, se habla de la existencia de un tren que realiza el trayecto Once-Moreno sin detenerse. Comentan que circula durante las noches sin luna.

Lo habitan almas perdidas y solitarias que se alimentan de la esperanza tardía. Hay sobrados testimonios que dan cuenta de los avistamientos del convoy misterioso. Personas comunes que súbitamente se vieron cara a cara con el espectro rodante.

Algunos observadores afirman que prestaron oídos a novios quinceañeros que lloraban desconsolados su primer desengaño amoroso, juran haberlos escuchado y dado consejo para luego verlo desaparecer junto con el paso del tren en la negrura de la noche.

Un transeúnte declaró haber descubierto a un grupo de hinchas del extinto club Colorados Unidos lamentarse por un título que nunca llegó, todo debido a un penal no sancionado en el año '38. Nosotros, sin embargo, sabemos bien que aquel penal nunca existió.

El filántropo Estanislao sostiene haberle ofrecido un pañuelo a una dama desconocida en un banco de la estación Ciudadela. Asevera haberla encontrado esperando con lágrimas en los ojos el regreso de un amor no correspondido.

La mayoría de los testigos sitúan al tren en las cercanías de Liniers. Aunque otros dicen que lo vieron en Morón e incluso en las proximidades de Floresta.

El último testimonio es sin dudas el más sorprendente.

Gómez, el dependiente del copetín de la estación Liniers, era un tipo tranquilo que repartía su tiempo entre el trabajo, su madre y un grupo de amigos recurrentes con quienes compartía una cuestionable afición por el juego; no era muy ambicioso, ni había gozado de mucho éxito en el amor, pero a su manera, era feliz y ensoñador. De hecho, en la estación todos recordaban verlo siempre de buen humor rondando el andén. Su encuentro con el espectro rodante ocurrió durante una noche de excesos, cuando divisó el número del tren que se acercaba por la vía norte. Gómez juraba que era el 5817, la desgracia en la quiniela, pero a la semana siguiente lo volvió a ver y era ahora el 5872 —la sorpresa; tres semanas más tarde creyó advertirlo bajo el 5893— el enamorado—, y así durante el transcurso de tres meses le sucedió verlo bajo cifras diferentes... alegó haber espiado los números 22 —el loco—, el 69 —los vicios— y el 21 —la mujer, entre otros. Al comienzo no quiso arriesgarse, pero luego empezó a realizar pequeñas apuestas a la quiniela según el tren se le presentase... su éxito fue dispar pero sostenido.

Lo inesperado sucedió cuando la chapa del tren reflejó el 5848: el muerto chi parla. A pesar de las advertencias que recibí de sus amigos, el dependiente, que siempre fue adepto a las cábalas y el misticismo, resolvió apostar a ese número a la cabeza en las loterías de Buenos Aires y

Montevideo. La primera sorpresa que se llevaron sus conocidos fue que Gómez acertó un pleno en ambas casas de apuestas, algo que no había sucedido anteriormente. La segunda, que Gómez no aparecía por ningún lado: no se había presentado a trabajar ni respondía su teléfono, de hecho, nadie lo había visto. Al comienzo bromeaban sobre su desaparición. Luego, con el paso de los días, la cosa se puso más seria: lo buscaron en su casa y en la de su madre, recorrieron comisarías, hospitales y morgues, pero el resultado era siempre el mismo: ni rastro del dependiente. Finalmente, en el copetín de la estación decretaron tres días de duelo y entre los habitués se rumoreaba que alguien lo vio arrojarlo a las vías del tren con las boletas en la mano. Gómez nunca apareció y con el tiempo todos fueron olvidándose de él.

Por las dudas nadie más volvió a jugar al 48.

Los fundamentalistas fácticos insisten en negar la existencia del tren alegando que una formación no puede correr por las vías indefinidamente; resoplan al escuchar conversaciones mencionando la ausencia del maquinista. Debaten si podría tratarse del carguero que circula por las noches o solo son meros divagues de trasnochados, sus opiniones están divididas y hasta el día de hoy se producen acaloradas discusiones en la sociedad de fomento de Villa Luro al respecto. Nosotros, en cambio, tenemos en claro que esta gente no tiene la sutileza suficiente para comprender hechos tan sensibles y espirituales.

Allá ellos y su lógica pragmática, desde este lado preferimos pensar diferente. Sabemos que al tren solo pueden verlo los soñadores, los bohemios y los poetas. Aquellos que no se resignan ni se conforman. Los que permanecen en la esperanza y los idealistas que aun buscan a su primera novia, las personas que sonríen recordando el beso que les robaron en el patio de la escuela. Los locos y los enamorados, los que ríen, los que lloran. Los que están vivos.

Si alguna vez te cruzas con el tren, levanta la mano y saluda. Gómez, desde alguna ventanilla nostálgica, te devolverá la cortesía.

